

MOUNTOLIVE

LAWRENCE DURRELL

MOUNTOLIVE

EL CUARTETO DE ALEJANDRÍA III

Traducción de Santiago Ferrari



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Mountolive*

Traducción: Santiago Ferrari

Diseño de la cubierta: Pepe Far

Primera edición: marzo de 1977

Segunda edición: junio de 2004

Primera reimpresión: septiembre de 2010

© Lawrence Durrell, 1958

© de la presente edición: Edhasa, 1970, 1978, 2004

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

E-mail: info@edhasa.es

<http://www.edhasa.es>

ISBN: 978-84-350-0906-5

ISBN: 978-84-350-0933-1 (obra completa)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B-31.624-2010

Impreso en España

A Claude

τὸ ὄνομα τὸν ἄγαθὸν διόμονος

NOTA

Todos los personajes y situaciones descritos en este libro (hermano de *Justine* y de *Balthazar*, y tercer volumen de un cuarteto) son puramente imaginarios. He usado del derecho del novelista al tomarme unas cuantas libertades indispensables respecto de la historia contemporánea de Oriente Próximo y de la estructura del personal en el servicio diplomático británico.

Disipado el sueño, si uno hubiera de recobrar el estado de ánimo propio del sentido común, el hecho sólo parecería tener mediana importancia: es la historia del hacer mal con la imaginación. Todo el mundo la conoce y ya a nadie ofende. Pero ¡ay! A veces uno lleva la cosa un poquito más lejos. ¿Cuál —nos atrevemos a preguntar—, cuál sería la realización de la idea si su mera forma abstracta nos ha exaltado así, nos ha conmovido tan hondamente? Entonces la siniestra ensoñación cobra vida y su existencia es un crimen.

D. A. F. DE SADE *Justine*

Il faut que le roman raconte.

STENDHAL

I

Como joven que prometía mucho más de lo común, lo habían enviado a Egipto por un año, a fin de mejorar su dominio del idioma árabe; y se encontró agregado a la Alta Comisión como una especie de escriba, esperando su primer puesto diplomático; y ya se comportaba como un joven secretario de legación, con plena conciencia de las responsabilidades del futuro cargo. Pero hoy le resultaba un poco más difícil que de costumbre mantenerse serio: tan emocionante se había hecho la jornada de pesca.

A decir verdad, tenía olvidados casi por entero sus pantalones de tenis, otrora tirantes de bien planchados, y su chaqueta de colegio; ni reparaba en que el agua del pantoque, subiendo por entre las tablas del piso, manchaba la punta de sus zapatillas blancas con un casquete negro. En Egipto uno se olvidaba continuamente de sí mismo. Bendijo la carta casual de presentación que le llevó a los campos de los Hosnani, a la amplia casona, construida sobre una red de lagos y taludes cerca de Alejandría. Sí.

La batea que lo conducía ahora, a lentos empujones por el agua turbia, se volvía lentamente hacia

el este, para tomar posición en el gran semicírculo de botes que se cerraba gradualmente sobre una zona objetivo delimitada por las oscuras espinas de cañas de las cuencas donde se congregaban los peces. Y mientras se acercaban, golpe por golpe, cayó la noche egipcia... súbita reducción de todos los objetos a bajorrelieves sobre un biombo de oro y violeta. La tierra se había puesto densa como un tapiz en el reflejo crepuscular, color lila, temblando aquí y allí, con espejismos de agua producidos por la humedad que subía, expandiendo y contrayendo horizontes, hasta que el mundo le parecía a uno reflejado en una trémula pompa de jabón, próxima a desaparecer. También las voces, del otro lado del agua, sonaban ora altas, ora tiernas y claras. Su propia tos volaba al otro lado del lago en súbitos aletazos. Oscurecía, pero hacía calor aún; la camisa se le pegaba a la espalda. Las lanzas de oscuridad que llegaban hasta ellos sólo diseñaban la forma de las islas bordeadas de cañaverales, que puntuaban el agua como grandes acericos, como zarpas, como cojines.

Lentamente, al ritmo de la plegaria o la meditación, el gran arco de botes se estaba formando y cerrando, pero como la tierra y el agua se licuaban en ese ritmo, se tenía una y otra vez la ilusión de que viajaban a través del cielo, más bien que de las aguas aluviales del Mareotis. Y más allá de la vista, podía oír el chapaleo de los gansos y, en un rincón, el agua y el cielo se separaban bruscamente al alzarse una

bandada de ellos, arrastrando sus membranosos pies a través del estuario, como hidroaviones, chillando roncamente. Mountolive suspiró y miró, hacia abajo, el agua parda, con el mentón en las manos. No estaba acostumbrado a sentirse tan contento. La juventud es la edad de la desesperación.

Detrás de sí oía al hermano menor, Naruz, el de labio leporino, refunfuñando a cada empujón de la pértiga, cuando la sacudida de la barca repercutía en sus riñones. El lodo, espeso como jalea, goteaba cayendo de nuevo en el agua, con un lento «flob flob», y el palo lo succionaba con fruicción. Era muy hermoso, pero con un olor repugnante, aunque, para sorpresa suya, vio que casi le gustaban los olores a podrido del estuario. Rachas de viento, desde el lejano horizonte del mar, subían como marea en torno a ellos, de tiempo en tiempo, refrescando la mente. Coros de mosquitos zumbaban como una lluvia de plata en el ojo del sol muriente. La telaraña de luz cambiante inflamó su espíritu.

—Naruz —dijo—, estoy tan contento... —y escuchaba sus propios y tranquilos latidos.

El joven emitió su risa tímida, silbante:

—Bien, bien —contestó inclinando la cabeza—. Pero esto no es nada. Espere, ya los estamos rodeando.

Mountolive sonrió. «Egipto», dijo para sí como quien repite un nombre de mujer. «Egipto.»

—Allá, mire —exclamó Naruz con voz ronca y melodiosa—. Los patos no son *rusés*, ¿sabe? —(hablaba

un inglés imperfecto y pomposo)–. Por eso cazarlos es fácil. Ustedes dicen cazarlos, ¿no? Hay que zambullirse debajo de ellos y agarrarlos de las patas. Más fácil que dispararles, ¿eh? Si quiere, mañana iremos.

Gruñó de nuevo a la pértiga y suspiró.

–¿Y qué hay de las serpientes? –preguntó Mountolive. Había visto varias grandes, nadando por ese lugar aquella tarde.

Naruz encogió sus robustos hombros y rió.

–No hay serpientes –respondió riendo de nuevo.

Mountolive se volvió de costado para apoyar la mejilla en la madera de la proa. Con el rabillo del ojo podía ver la figura de su compañero que se alzaba al hundir la pértiga y estudiar los peludos brazos y manos, las recias piernas musculosas.

–¿Tomo un turno? –preguntó, en árabe. Ya había notado cuánto les gustaba a sus huéspedes que les hablara en su lengua natal. Sus respuestas, entre sonrisas, eran como un abrazo–. ¿Lo tomo?

–No, no –contestó Naruz, sonriendo con su fea sonrisa, sólo redimida por unos magníficos ojos y una profunda voz. El sudor le goteaba del rizado cabello negro, de pico de viuda. Después, no fuera que la negativa pareciera descortés, añadió–: La bati-da empezará con la oscuridad. Yo sé qué hacer, y usted tiene que quedarse sentado y mirar los peces.

Las dos pequeñas franjas de carne rosada que bordeaban su labio partido estaban húmedas de saliva. Guiñó los ojos con cariño al joven inglés.

Ahora la oscuridad avanzaba a la carrera hacia ellos y la luz expiraba. Súbitamente, Naruz exclamó:

—¡Ahora es el momento! Mire allí.

Batió las palmas fuertemente y gritó por sobre el agua, sobresaltando a su compañero, que siguió, levantando la cabeza, la dirección que señalaba el dedo.

—¿Qué?

El sordo estampido de un tiro disparado desde el bote más lejano estremeció el aire, y repentinamente el horizonte quedó cortado en dos por una nueva bandada, que se levantaba con más lentitud y dividía la tierra del aire, en una herida roja, viajera; como el corazón de una granada mirando a través de su cáscara. Después, pasando de rosada a escarlata, se pintó de blanco y cayó sobre el lago como una nieve que se derritiera al tocar el agua.

—Flamencos —gritaron los dos riendo, y la oscuridad se cerró, extinguiendo el mundo visible.

Durante un buen rato descansaron, respirando hondamente, dejando que los ojos se acostumbraran a ella. De los botes distantes llegaban voces y risas, flotando en su camino. Alguien exclamó: «Ya Naruz», y de nuevo, «Ya Naruz». Él se limitó a gruñir. Y en esto llegó el breve sonido sincopado de un tamborileo con los dedos, cuyos ritmos se copiaron enseguida en la mente de Mountolive, de modo que sintió que sus propios dedos empezaban a tamborilear sobre las tablas. El lago no tenía suelo ahora,

el lodo amarillo se había desvanecido, el lodo blanco resquebrajado de prehistóricas fallas lacustre, o el lodo bituminoso que arrastraba el Nilo delante de sí, camino del mar. Toda la oscuridad seguía oliendo aún a ese barro. «Ya Naruz», se repitió el grito, y Mountolive reconoció la voz de Nessim, el hermano mayor, llevada sobre un soplo marino, que espaciaba las palabras:

—Tiempo... de... encender...

Naruz emitió un grito de respuesta y gruñó de satisfacción, mientras buscaba fósforos en el bolsillo:

—Ahora va a ver —dijo con orgullo.

El círculo de botes se había estrechado lo bastante para abarcar las cuencas de peces, y en la cálida oscuridad empezaron a chisporrotear fósforos y pronto las lámparas de carburo se prendieron como trémulas flores amarillas, vacilando hasta definirse, permitiendo a los que estaban fuera de línea rectificar su posición. Naruz se inclinó sobre su huésped y tanteó buscando la proa. Mountolive olió el sudor del robusto cuerpo de Naruz, que probaba el tubo de goma y sacudía la vieja caja de baquelita del farol, llena del residuo de carburo. Después dio vuelta a una llave, prendió un fósforo y por un momento densas nubes de humo envolvieron a los dos hombres, que contuvieron el aliento, pero el ambiente se despejó rápidamente mientras debajo de ellos florecía, como un inmenso cristal de colores, un semicírculo de agua del lago, candente y fiel como una

linterna mágica al reflejar las sobresaltadas imágenes de peces que se dispersaban y volvían a formarse con movimientos de sorpresa, curiosidad, quizá placer, incluso. Naruz expelió el aliento con fuerza y volvió a su lugar.

—Mire abajo —dijo—, pero mantenga bien baja la cabeza.

Como Mountolive, que no había entendido esta última parte del consejo, se volvía para preguntarle, añadió:

—Póngase la chaqueta sobre la cabeza. Los martinpescadores enloquecen con el pescado y no saben ver de noche. La última vez me cortaron la mejilla y Sobhi perdió un ojo. Mire adelante y abajo.

Mountolive hizo lo que le ordenaban y se quedó allí flotando sobre el nervioso charco de luz del farol cuyo piso era de pronto un cristal sin par, no barro, y estaba animado por tortugas acuáticas, ranas y peces que se deslizaban, toda una población perturbada por el mundo superior que se había entrometido en el suyo. La barca se sacudió nuevamente y avanzó, mientras la fría agua del pantoque le subía alrededor de los dedos de los pies. Con el rabillo del ojo podía ver que el gran semicírculo de luz, la cadena de flores de fuego, se iba cerrando más rápidamente, y, como para dar a los botes orientación y medida, se levantó el rumor de un tamborileo y un canto apagado y melancólico, pero imperioso. Sintió que el empujón de bote, que daba la vuelta, reper-

cutía nuevamente en su columna vertebral. Experimentaba unas sensaciones que no le recordaban nada de lo que había conocido antes; sensaciones completamente originales.

Ahora el agua se había vuelto densa y espesa; como una sopa de avena que se va espesando poco a poco al ser removida a fuego lento. Pero cuando miró mejor, vio que no era el agua sino la multiplicación de los peces lo que producía esa sensación. Pululaban, se lanzaban como un disparo hacia delante, en escuadras, excitados por la propia conciencia de su número, pero todos deslizándose y entrechocándose en una misma dirección. El cerco se había ajustado como un dogal, y ya solamente veinte pies los separaban del próximo bote, del próximo charco de luz de cera. Los barqueros habían empezado a lanzar gritos roncOS y a golpear las aguas a su alrededor, excitados ellos mismos por la premonición de aquellos enjambres de peces que se apiñaban en el fondo blando del lago, y que se excitaban más y más cuando empezaban los bajíos, y se veían atrapados en el círculo reluciente. Ahora había algo de delirio en la forma en que daban vueltas y vueltas en el enjambre. Vagas sombras humanas desenrollaron redes de mano en los botes, y el griterío se hizo más denso. Mountolive sintió que la sangre le corría más rápidamente.

—Espere un momento —le gritó Naruz—. Quédese quieto.

Las aguas se espesaron como cola; cuerpos de plata saltaban en la oscuridad sólo para caer de vuelta, chispeando como monedas, en los bajíos. Los círculos de luz se tocaron, se superpusieron y el cerco quedó completo, y de todo su alrededor llegó un golpeteo y un crujido de cuerpos oscuros que saltaban a los bajíos, desplegando y uniendo extremo con extremo, las largas redes de mano cuyas mallas oscuras se hinchaban ya, como calcetines de Navidad, con los cuerpos convulsos de los pescados. Los que saltaban se habían asustado también y sus brincos de pánico desgarraban toda la superficie de la hoya, salpicando agua fría sobre los faroles temblorosos, cayendo dentro de la barcas como una cosecha estremecida de frías escamas y colas tamborileantes. Sus excitantes forcejeos de agonía eran tan contagiosos como lo fuera antes el redoble de tambor. La risa sacudía el aire mientras las redes se cerraban. Mountolive pudo ver árabes con sus largas ropas blancas recogidas hasta la cintura, pujando hacia delante, con manos firmes asidas a las oscuras proas que tenía a su lado, empujando lentamente hacia delante las redes eslabonadas. La luz se reflejaba en los oscuros músculos. Su barbárica alegría llenaba la oscuridad.

Y llegó otro fenómeno inesperado, porque el cielo mismo comenzó a espesarse encima de ellos, como el agua lo había hecho debajo. Súbitamente la oscuridad se infló de formas irreconocibles, pues los peces sobresaltados habían puesto sobre aviso a los que dor-

mían en las playas, y con gritos ásperos e incoherentes los nuevos visitantes del estuario exterior, bordeado de juncos, se unieron a la caza —centenares de pelícanos, flamencos, grullas y martin pescadores— que acudían, en trayectorias irregulares, a lanzarse sobre el agua y a caer y disparar picotazos contra los peces que saltaban. Las aguas y el aire se estremecían por igual de vida, mientras los pescadores alineaban sus redes y echaban la pesca pululante dentro de los botes o volvían para afuera las redes dejando que las goteantes cascadas de plata se derramaran sobre la borda hasta que los timoneles quedaban cubiertos hasta el tobillo por los cuerpos que se azotaban convulsivamente. Había más que de sobra para hombres y pájaros, y mientras los moradores más grandes del lago plegaban y despleaban torpes alas, como anticuadas sombrillas, o bien revoloteaban en desmañados grupos sobre el agua bullente, los martin pescadores, y las gaviotas cazadoras de arenques venían de todas partes con la velocidad del rayo, semienloquecidos de codicia y excitación, volando en itinerarios suicidas, algunos para romperse el cuello en la cubierta de los botes, otros para relampaguear, con el pico por delante, sobre el cuerpo de un pescador, abriéndole una mejilla en su aterradora avidez. El chapaleo del agua, los gritos roncocos, el disparo de los picotazos y aletazos, y el loco tamborileo de los dedos conferían a toda la escena un esplendor inolvidable, que a Mountolive le re-

cordaba vagamente algunos remotos frescos faraónicos de luz y oscuridad.

Aquí y allí, también los hombres se pusieron a espantar a las aves dando palos al aire, de modo que entre los montones pululantes de peces se podía ver, con sorpresa, un arco iris de plumas, de color mágico, y unos picos rotos de los cuales brotaba sangre, cayendo sobre las escamas de plata. La escena continuó de este modo durante tres cuartos de hora hasta que las barcas estuvieron repletas hasta el borde. Nessim estaba ya junto a ellos, gritándoles en la oscuridad.

—¡Tenemos que volver! —Señaló una linterna que ondulaba del otro lado del agua, creando una cálida cueva de luz donde consiguieron ver los flancos suavemente curvos de un caballo y el filo dentado de las hojas de palma—. Mi madre nos espera —agregó.

Su cabeza impecable se inclinó hacia abajo y recibió el borde de un charco de luz mientras sonreía. La suya era una cara bizantina, como la que uno podría encontrar entre los frescos de Rávena, en forma de almendra, con ojos oscuros, facciones claras. Pero Mountolive miraba, por decirlo así, a través de la cara de Nessim, la de Leila, su madre, tan parecida a él.

—¡Naruz! —llamó Nessim, roncamente, porque el hermano había saltado al agua para ajustar una red—. ¡Naruz! —Apenas se podía oír en medio de esa conmoción—. ¡Tenemos que irnos!

Y así por fin las dos barcas, con su farol cada una, semejante al ojo del cíclope, volvieron a través del agua oscura hasta el lejano embarcadero, donde Leila los esperaba impaciente con los caballos, en medio del silencio sonoro de mosquitos. Había salido una luna joven.

La voz de ella llegó risueña a través de los aires variables del lago, reprendiéndolos por haberse demorado, y Naruz rió.

—Hemos traído montones de pescado —gritó Nessim. Ella estaba en pie, un poco más oscura que la oscuridad, y las manos de los dos se encontraron como guiadas por un instinto perfeccionado que no hallaba lugar en sus mentes conscientes. El corazón de Mountolive latió cuando se puso en pie y ella lo ayudó a subir al muelle. Pero apenas estuvieron los dos hermanos en tierra, Naruz gritó:

—Te echo una carrera hasta casa, Nessim —y los dos se lanzaron hacia los caballos, que se espantaron ante la risueña arremetida.

—¡Cuidado! —les gritó ella vivamente. Pero no había pasado un segundo cuando ya habían partido, y los cascos repiqueteaban sobre el blando camino de la ribera mientras Naruz se reía como un Mefistófeles.

—¡Qué puede hacer una! —agregó ella con fingida resignación, y enseguida llegó el mayordomo con los caballos para ellos.

Montaron y partieron para la casa. Ordenando al criado que fuera adelante, con la linterna, Leila

puso su caballo bien cerca, para que pudieran andar rodilla contra rodilla, solazado cada uno por el contacto del otro. No hacía mucho que eran amantes: diez días apenas; pero al juvenil Mountolive le parecía un siglo, una eternidad de desesperación y placer. Lo habían educado con severidad en Inglaterra, educado para que no deseara sentir. Todas las otras lecciones valiosas ya las había dominado, a pesar de su juventud: afrontar con sangre fría los problemas de la sala y de la calle; pero a las emociones personales sólo podía oponerles el silencio nervioso de una sensibilidad nacional anestesiada hasta convertirse casi en una torpe taciturnidad: una educación en reticencias y vergüenzas seleccionadas. Rara vez van juntas la buena educación y la sensibilidad, aunque la brecha puede disfrazarse fácilmente con códigos de buenas maneras, formas de dirigirse al mundo. Había oído y leído acerca de la pasión, pero mirándola como algo que nunca lo iba a asaltar; y allí estaba esa pasión, irrumpiendo en la vida secreta que él, como todo colegial excesivamente crecido, seguía viviendo autónomamente detrás de la pantalla indulgente de las maneras y transacciones cotidianas, de la charla y efectos de todos los días. El hombre social dentro de él estaba sobremaduro antes de que el hombre interior hubiese llegado a ser adulto. Leila lo había dado vuelta como uno puede dar vuelta a un baúl viejo, revolviéndolo todo. Ahora sospechaba no ser más que un adolescente,

sentimental e imberbe, con las reservas agotadas. Casi indignado, advertía que allí por fin había algo por lo cual estaba dispuesto hasta a morir, algo cuya misma crudeza llevaba consigo un alado mensaje que penetraba hasta lo vivo de su mente. Aun en la oscuridad se sentía a punto de enrojecer. Algo absurdo. *Amar* era absurdo, como lo es un objeto arrancado de su sitio en la repisa del hogar. Se sorprendió a sí mismo preguntándose qué pensaría su madre si pudiera verlos así, cabalgando entre los espectros de estas palmeras, a orillas de un lago que reflejaba la imagen de una luna nueva, rodilla contra rodilla.

—¿Estás contento? —le susurró Leila, y él sintió que los labios de ella le rozaban la muñeca.

Los amantes no pueden encontrar nada que decirse uno a otro que no se haya dicho y callado mil veces. Los besos se inventaron para traducir en heridas estas nadas.

—Mountolive —volvió a decir ella—, David, querido.

—Sí...

—Qué callado estás. Supuse que te habías dormido.

Mountolive frunció el ceño, viéndose frente a su propia naturaleza interior, dispersa.

—Estaba pensando —contestó. Y de nuevo sintió que los labios de ella le rozaban la muñeca. —Querida... —dijo.

—Querido...

Siguieron andando así, rodilla contra rodilla, hasta que apareció a su vista la vieja casa de planta cuadrada sobre la red de riberas que labraban el estuario y los canales de agua dulce. El aire estaba lleno de murciélagos. La terraza superior de la casa aparecía vivamente iluminada y allí estaba sentado el inválido, torcido en su silla de ruedas, mirando celosamente hacia la noche, esperándolos. El marido de Leila se moría de alguna misteriosa enfermedad muscular, una atrofia progresiva que acentuaba cruelmente la diferencia de edad, ya grande, porque ella sólo tenía cuarenta y tantos años, y parecía aún mucho más joven, mientras que él pasaba bien de los sesenta. La enfermedad lo había vaciado por dentro, transformándolo en una cáscara cadavérica compuesta de mantas y bufandas de donde asomaban dos largas manos sensibles. De rasgos saturninos, y con una tosquedad de expresión que se repetía en la cara de su hijo menor, tenía la cabeza caída sobre los hombros y en algunos aspectos se asemejaba a esas caretas de carnaval que llevan sobre palos. Sólo falta añadir que Leila lo amaba.

Leila lo amaba. En el silencio de su propia mente, Mountolive nunca podía repetirse esas palabras sin chillarlas imaginariamente como un loro. ¿Cómo podía amarlo?, se preguntaba una y otra vez; ¿cómo podía?

Cuando oyó los cascos de los caballos sobre el empedrado del patio, el marido impulsó hacia delan-

te la silla de ruedas, hasta la balaustrada, llamando porfiadamente:

—Leila, ¿eres tú?

Tenía una voz de niño grande, que esperaba ser lastimado por la calidez de la sonrisa de Leila, y su voz suave y profunda de contralto, donde se confundían la sumisión oriental con ese consuelo que sólo los niños pueden entender.

—Querido —dijo Leila, y subió corriendo la larga escalera de madera para abrazarlo, mientras decía—: Hemos vuelto todos sanos y salvos.

Mountolive desmontó lentamente en el patio, oyendo el suspiro de alivio que exhalaba el hombre enfermo. Se ocupó en ajustar innecesariamente una cincha, a fin de no verlos abrazarse. No estaba celoso, pero su incredulidad lo penetraba y hería. Era algo odioso, ser joven, ser torpe, sentirse arrancado de su propia base. ¿Cómo había llegado a pasar todo esto? Se veía a un millón de millas de Inglaterra; el pasado se le había desprendido como una piel. La cálida noche estaba fragante de rosas y jazmines. Más tarde, si ella venía a su cuarto, él se quedaría inmóvil como una aguja, sin palabras y sin ideas, y tomaría en sus brazos aquel cuerpo extrañamente juvenil, casi sin deseo ni pesar; los ojos se le cerraron entonces, como los de un hombre que está bajo una cascada helada. Trepó lentamente la escalera; ella le había hecho darse cuenta de que era alto, erguido y buen mozo.

—¿Le gustó, Mountolive? —graznó el inválido con una voz en que flotaban (como el aceite en el agua) el orgullo y la sospecha.

Un alto sirviente negro empujó una mesita de ruedas sobre la cual estaba el jarro de whisky... Mundo de anomalías: beber *sundowners* como colonos en el viejo caserón de magníficas alfombras, paredes cubiertas de azagayas capturadas en Omdurman y fantasmagóricos muebles segundo imperio, fabricados en Turquía.

—Siéntese —dijo el inválido, y Mountolive, sonriéndole, se sentó, no sin observar que aun allí, en los cuartos de recepción, había libros y revistas tirados, símbolo del hambre insatisfecha de pensamiento que Leila nunca había permitido que la dominara. Normalmente ella guardaba sus libros y papeles en el harén, pero siempre se desbordaban a la casa. El marido no participaba en ese mundo, y ella procuraba que él no se diera cuenta, temiendo sus celos, que se habían hecho más molestos a medida que aumentaba su incapacidad física. Los hijos se estaban bañando; Mountolive oía llegar de alguna parte el rumor del agua que corre. Pronto se excusaría y se iría a poner un traje blanco para la cena. Bebió y conversó con el hombre torcido en la silla de ruedas, con su voz baja y melodiosa. Le parecía aterrador e impropio ser el amante de su esposa. Y siempre quedaba pasmado al ver la naturalidad y sencillez con que Leila llevaba adelante todo el engaño. (Su

voz fría, melosa, etcétera, etcétera; trataría de no pensar en ella.) Frunció el ceño y sorbió su bebida.

Había sido muy difícil llegar hasta esos campos a entregar su carta de presentación: la carretera terminaba en el vado, y después había que recurrir a los caballos para llegar a la casa entre los canales. Quedó aislado una hora entera hasta que un viandante amable le ofreció un caballo, con el que llegó a destino. Ese día no estaba presente más que el inválido. Mountolive observó divertido que, mientras leía la carta redactada en el florido estilo de los árabes, el inválido murmuraba en alta voz las cortesías convencionales de reciprocidad a los cumplidos que estaba leyendo, como si el autor de la carta estuviera oyéndolo. Después miró cariñosamente al rostro del joven inglés y le habló, y Mountolive le contestó suavemente.

—Usted vendrá a vivir con nosotros, única manera de mejorar su árabe. Por dos meses, si quiere. Mis hijos saben inglés y estarán encantados de conversar con usted. Mi mujer también. Van a estar muy contentos de ver una cara nueva, de tener un extraño en la casa. Y mi querido Nessim está en su último curso de Oxford.

El orgullo y la satisfacción brillaron en sus ojos hundidos, por un momento, y luego se extinguieron para dar paso a la expresión habitual de dolor y tristeza. La enfermedad invita al desprecio. El enfermo lo sabe.

Mountolive aceptó, y, renunciando al mismo tiempo a la licencia local y a la licencia en su país, obtuvo permiso para quedarse dos meses en la casa de este hidalgo copto. Era romper con todo lo que había conocido hasta entonces el ser incluido de ese modo en el molde de una vida familiar basada y alimentada en el despliegue inconsciente de un feudalismo que se remontaba hasta la Edad Media y tal vez más allá. El mundo de Burton, Beckford, lady Hester..., pues, ¿existía aún? Pero aquí, visto desde el punto ventajoso de alguien que está en el interior de la tela que ha pintado su propia imaginación, encontró que lo exótico le resultaba muy normal. Su poesía era irradiada por la inconsciencia con que se la vivía. Mountolive, que ya había encontrado el «Ábrete sésamo» del idioma al alcance de su mano, sintió, por primera vez, que penetraba de veras en un país y en unas costumbres extranjeras. Sentía lo que se siente en esos casos, es decir, el placer vertiginoso de perder uno antiguo y criar uno nuevo para reemplazarlo. Sentía que estaba resbalando, perdiendo, por decirlo así, los perfiles de sí mismo. ¿Es éste el verdadero sentido de la instrucción? Comenzaba a trasplantar todo un mundo, intacto, desde su imaginación al suelo de su nueva vida.

La familia Hosnani era un tanto peculiar. El elegante Nessim y su madre estaban unidos por el espíritu, perteneciendo a un mismo mundo intenso de inteligencia. El hijo mayor estaba siempre alerta para

servir a su madre, ya fuera que ella necesitara abrir una puerta o recoger un pañuelo del suelo. Hablaba perfectamente inglés y francés, en forma impecable como sus modales, elegante y fuerte como su físico. Después, ante él, a la luz de las velas, estaban sentados los otros dos: el inválido, bajo sus mantas, y el hijo menor, recio y tosco como un mastín, con un aire indefinible de estar dispuesto en cualquier momento a responder a una llamada a las armas. Aunque de pesada conformación y feo, era tierno: esto se veía en la manera cariñosa en que bebía las palabras que pronunciaba su padre, a quien veneraba. La sencillez le brillaba en los ojos, y él también estaba dispuesto a ser útil, y, en realidad, cuando el trabajo de campo no lo mantenía fuera de casa, siempre se apresuraba a despedir al callado sirviente que se mantenía en pie detrás de la silla de ruedas y servir a su padre con un brillante orgullo, contento hasta de levantarlo en vilo y llevarlo tiernamente, casi con embeleso, hasta el lavabo. Miraba a su madre con algo del orgullo y de la infantil tristeza que brillaban en los ojos del inválido. Sin embargo, aunque los hermanos estaban divididos de este modo como las ramitas de olivo, no había brecha entre ellos: pertenecían a la misma rama, y lo sentían así, y se querían mucho, porque eran en realidad complementarios, siendo el uno fuerte, el otro débil. Nessim temía el derramamiento de sangre, el trabajo manual y los malos modos; en cambio, Naruz gozaba con todo eso.

¿Y Leila? Mountolive, por supuesto, la tomaba por un bello enigma, pero si hubiera sido más experimentado habría reconocido, en su naturalidad, una perfecta sencillez de espíritu, y en su carácter extravagante un temperamento al que se le había negado su verdadero despliegue y se había refugiado, de buen grado, en un conjunto de transacciones. Este casamiento, por ejemplo, con un hombre tan mayor que ella, había sido un matrimonio de conveniencia: estaban en Egipto. Se había unido la fortuna de su familia con la de los Hosnani: parecía, como en todas esas uniones, la fusión de dos grandes compañías. Que estuviera contenta o no era cosa en la que ella misma nunca había pensado. Estaba hambrienta, nada más, hambrienta de ese mundo de libros y reuniones, situado por siempre fuera de esa vieja casa y de los pesados deberes del campo que sostenía la fortuna de la familia. Era obediente y dócil como un fino animal de raza. Solamente la abrumaba una monotonía desconcertante. De joven había concluido sus estudios en El Cairo brillantemente y durante unos años abrigó la esperanza de ir a Europa a continuarlos. Quiso ser médico. Pero en aquel tiempo las mujeres de Egipto podían darse por contentas con escapar al velo negro, no ya a los estrechos confines del pensamiento y la sociedad egipcios. Europa, para los egipcios, no era más que un centro de compras que visitaban los ricos. Naturalmente, ella fue varias veces a París, con sus padres, y por cierto que se ena-

moró de él como nos pasa a todos; pero cuando se trató de romper las barreras egipcias y escapar del todo a la red paterna —escapar hacia una vida que podría haber alimentado a una mente despierta—, se estrelló contra la roca del conservadurismo de sus padres. Tenía que casarse y formar su hogar en Egipto, le dijeron fríamente; y le eligieron, entre los hombres ricos que conocían, el más bueno y capaz que pudieron encontrar. De pie al borde del peñasco de estos sueños, hermosa aún y opulenta (en la sociedad de Alejandría la llamaban la Golondrina Oscura), Leila encontraba que todo se le volvía sombrío e insustancial. Tuvo que conformarse. Claro que nadie se iba a oponer a que visitara Europa con su marido, una vez cada tantos años, para hacer compras o pasar unas vacaciones... Pero su vida pertenecía a Egipto.

Cedió, respondiendo, al principio con desesperación, y más tarde con resignación, a la vida que le habían destinado. Su marido era bueno y solícito, pero mentalmente un poco tardo. La vida fue minando la voluntad de ella. Era tan fiel que se sumergió en los asuntos de él, viviendo, como él quería, lejos de la única ciudad que llevaba remotas huellas de una vida a la europea: Alejandría. Durante años se había sometido a los aires embotadores del delta y a la vida monótona en los campos Hosnani. Vivía principalmente por intermedio de Nessim, al que estaban educando en el extranjero y cuyas raras visitas traían alguna vida a la casa. Pero, con el propósito de

saciar su activa curiosidad por el mundo, se suscribió a libros y revistas, escritos en los cuatro idiomas que conocía tan bien como el propio, o quizá mejor, porque nadie puede pensar ni sentir tan sólo en la obsolescencia sin dimensiones del árabe. Así, por muchos años, se desarrolló una batalla de resignaciones en que el elemento de desesperación sólo aparecía bajo la forma de trastornos nerviosos, a los cuales el marido prescribía un remedio no falto de inteligencia: unas vacaciones de diez días en Alejandría, que siempre le devolvían el color a las mejillas. Pero aun estas visitas se fueron haciendo cada vez más raras; insensiblemente, ella se había deslizado fuera de la vida social, perdido la práctica de la charla y las pequeñas ocurrencias que son su fundamento. La vida de ciudad la aburría; la consideraba superficial como las aguas del lago mismo, una vida secundaria; sus facultades de introspección se agudizaron con los años, y a medida que los amigos se quedaban atrás, sólo le iban restando unos pocos nombres y rostros: Balthazar, el médico, por ejemplo, y Amaril, y unos cuantos más. Sin embargo, pronto Alejandría iba a pertenecer más a Nessim que ella misma. Cuando él terminara los estudios, iban a incorporarlo a la casa bancaria, con sus sucursales que se ramificaban rápidamente, echando raíces en la industria de la navegación, el petróleo y el tungsteno, raíces que necesitaban agua... pero para entonces ella ya se habría vuelto una ermitaña.